

# DONALDO EL HARAGÁN

Por *Roberta Sharley*

DONALDO se despertó y encontró sus ropas sobre una silla junto a su cama. Se sentó en el borde de la cama con la idea de vestirse. Saltó una vez sobre el colchón. Le resultó divertido. Eso le recordó el trampolín que había en la alberca o piscina desde la cual había visto saltar a muchachos más grandes. Saltó de nuevo. Luego tomó sus calcetines y los arrojó al aire y trató de tomarlos antes de que cayeran al suelo. En seguida tomó sus pantalones y los tiró sobre la silla que estaba al otro lado del cuarto. Estos cayeron sobre Tosy, el gato que estaba acurrucado durmiendo tranquilamente en la silla. Tosy saltó de la silla y salió a todo escape, y Donaldo se rió.



En eso la mamá entró en el cuarto.

-¡Donaldo! ¡Todavía estás en pijama! -dijo-. Apresúrate a vestirme. Yo pensaba que ya estabas listo. Yo vine para atarte los zapatos. Alguna vez vas a perder algo importante por no estar listo. Eres un holgazán.

La madre volvió a la cocina para preparar la mesa para el desayuno.

Donaldo saltó de la cama y se quitó el pijama. No estaba dispuesto a perder nada interesante o divertido. De un puntapié levantó el pijama en el aire. Eso también era divertido. Probó de nuevo. Después de un rato sintió un poco de frío.

-¡Mamá! Por favor, pon la calefacción. Tengo frío.

La mamá regresó al cuarto de Donaldo y lo encontró allí parado sin vestirse.

-Nuestra casa está lo suficientemente caliente para los que están vestidos -dijo-. Ponte en seguida tu ropa interior y no tendrás frío. A ver cuán rápido puedes estar listo para que te ate los zapatos y te abotone la camisa.

Donaldo hizo un gesto de desaprobación. Eso de vestirse era una tarea demasiado larga. Le daba mucho trabajo hacerlo. Finalmente comenzó a ponerse las ropas y se sintió un poco más abrigado.

En eso vio allá en la esquina su trolebús. Corrió hacia él y lo puso en marcha. Din, din, sonó la campana. Chug, chug, anduvo el motor mientras el trolebús corría sobre el piso. Le resultó divertido ver cómo al chocar contra la silla, daba la vuelta e iba en otra dirección. Las luces del frente centellaban como las de un verdadero trolebús.

Cuando oyó que el teléfono sonaba, Donaldo dejó de jugar con el trolebús. Oyó que la mamá contestaba el teléfono.

-¿Quién era? -preguntó después que la madre hubo colgado el tubo.

-Era el Sr. Martínez -respondió la madre-. Nos va a traer manzanas. Es mejor que dejes de jugar o no estarás listo para verlo cuando venga.

-¿Cuándo viene? -quiso saber Donaldo.

-Yo no sé -respondió la mamá-. Dijo que vendría esta mañana.

Donaldo buscó sus calcetines y se puso uno en un pie. Luego se puso el otro en el otro pie. Sobre la cómoda había una tapa de la caja de los zapatos. Se la puso sobre la cabeza y comenzó a marchar por la pieza. "Izquierda, derecha, izquierda, derecha" Donaldo dio vueltas y más vueltas. "Tengo una buena postura. La tapa no se cae de mi cabeza". Y siguió marchando.

Se detuvo cuando oyó que llamaban en la puerta de atrás. La mamá acudió a atender la puerta y Donaldo oyó el saludo del Sr. Martínez. Se puso a toda prisa los pantalones y la camisa y corrió a la cocina, pero el Sr. Martínez ya se había ido. Donaldo miró por la ventana y lo vio partir en el auto.

-Yo quería ver al Sr. Martínez -dijo Donaldo haciendo pucheros. Él y el Sr. Martínez eran amigos.

La madre se sentó y lo tomó en sus brazos.

-Cuando las chicas y los muchachos tienen casi cinco años, deben aprender a no ser haraganes. Deben aprender a hacer inmediatamente lo que se les dice que hagan, sin detenerse a jugar, hasta que el trabajo esté completamente terminado.

La madre tomó una regla, un papel y un lápiz que había sobre la mesa.

-Mira, Donaldo. En este papel te he hecho un pequeño diagrama.

Donaldo miró el papel. En el papel la mamá había trazado cuadros.

-Ahora, ésta mañana -continuó la mamá-, sí tú no haraganeas, después de vestirme puedes pintar uno de los cuadros. Pídele ahora mismo a Jesús que te ayude a vestirme rápidamente.

Donaldo sonrió. Se propuso que pintaría un cuadrito *cada* mañana. El diagrama no tardaría en estar cubierto de hermosos cuadraditos coloreados. Y Donaldo le pidió a Jesús que lo ayudara. Y completó un lindo diagrama. Aprendió que vestirse no es una tarea tan difícil ni tan larga. Y era más divertido jugar cuando el trabajo estaba terminado. Antes de mucho, Donaldo no perdió ninguna cosa interesante o divertida, porque aprendió a no haraganear.